

OSAMU DAZAI

La caja de Pandora



UNO DE LOS LIBROS CLAVE DEL JAPÓN
DE POSGUERRA - INÉDITO EN ESPAÑOL



La caja de Pandora

Osamu Dazai

La caja de Pandora

Traducción de Juan Francisco González Sánchez

Introducción de J. M. Lacruz

COLECCIÓN
LITERADURA



Primera edición: junio de 2023

Título original: *Pandora no hako* (1946)

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez, 2023

© de la introducción: J. M. Lacruz, 2023

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2023

c/ Flamenco, 26 - 28231 - Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-126587-6-7

Dep. Legal: M-16676-2023

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Camino a la Sanación*, Editorial Funambulista, 2023

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

CARTAS DE UN JOVEN ENFERMO

ESTE LIBRO ES ALGO MÁS que una historia de admiración y pasión entre dos escritores con un destino trágico. *La caja de Pandora* de Osamu Dazai (1908-1948), que presentamos por primera vez en lengua española en traducción de Juan Francisco González Sánchez, no solo se considera uno de sus textos más autobiográficos (*Indigno de ser humano*, su obra maestra para muchos, sigue siendo la segunda novela más vendida en Japón tras *Kokoro* de Natsume Sōseki), sino uno de los más emblemáticos sobre el «hombre nuevo» japonés después del desastre de la Segunda Guerra Mundial.

Diferentes circunstancias (bombardearon la imprenta donde se estaba fabricando, el primer intento del libro fue objeto de censura) obligaron a Osamu Dazai a reescribir más de una vez el texto, hasta que acabó adoptando la forma de

novela epistolar. El libro se inspira, claramente, en los diarios que el joven Kimura Shosuke dejó en herencia a Dazai, tras haber mantenido una prolija correspondencia con él, interrumpida por el suicidio del primero en la flor de la vida.

Es un caso bastante único en la historia de la literatura: un libro surgido de la relación entre un lector y su admirado escritor. Pero veamos quién fue ese lector tan peculiar: Kimura Shosuke nació en 1921 en el pueblo de Aodani, cercano a Kioto; hijo mayor de una familia de mayoristas de té Uji, se graduó en 1936 en la Escuela de Práctica Comercial de la capital, con el propósito de continuar el negocio familiar; sin embargo, al poco, contrajo la tuberculosis que acabaría marcando su existencia.

Tras largos periodos hospitalizado, y una vez que pudo regresar a casa, parecía que su enfermedad entraba en fase de remisión y que iba a iniciar una carrera como escritor; llegó incluso a publicar una serie de cuentos en una modesta revista local. Fue en abril de 1940 cuando al joven Kimura leyó un relato de Dazai titulado *Zenzō o omou* (*Pensando en Zenzo*) y, literalmente, se encandiló con la obra y con el autor. El Zenzo del título hace referencia al escritor naturalista Kasai Zenzo (1887-1928), que había fallecido de tuberculosis con 41 años. Tal vez por eso sea fácil de entender el *shock* que produjo el relato en el convaleciente Kimura.

A finales de julio de ese mismo año, el joven decidió enviarle una carta a Dazai, lo que marcaría el inicio de una intensa correspondencia. Pero los acontecimientos se precipitarían vertiginosamente. El 27 de marzo de 1941, Kimura intentó suicidarse con un medicamento hipnótico y sedante. En julio de ese mismo año, la tuberculosis empeoró hasta el extremo de que el 15 de agosto de 1941 debió volver a ingresar en un sanatorio por una duración indeterminada. Finalmente, el 13 de mayo de 1943, con una salud cada vez más deteriorada, Kimura Shosuke tomó la decisión de poner fin a su corta existencia, y esta vez lo logró, ingiriendo grandes dosis de Bromisoval. Contaba con apenas 22 años.

El joven escritor estipuló en su testamento que debía hacerse entrega de los doce diarios que había escrito a lo largo de su enfermedad a su admirado corresponsal, material que este utilizó para escribir en 1943, con bastante rapidez, una primera novela titulada *Hibari no koe* (*La canción de la alondra*). Pero la obra no llegó a los lectores porque, justo antes de su publicación, la imprenta fue objeto de un ataque aéreo americano en diciembre de 1944 que causó la destrucción de todos los ejemplares que se hallaban en prensa.

Los doce diarios de Kimura Shosuke, narración pormenorizada de las múltiples hospitalizaciones y diversos tratamientos que hubo de padecer, constituyeron sin duda la fuente de inspiración para Dazai de ese libro malogrado.

Pero, solo una vez acabada la guerra, y basándose en las únicas galeradas que conservaba un cineasta que iba a adaptar la historia a la gran pantalla, reescribió todo la obra y modificó su estructura, cambiándole incluso el título por el de *La caja de Pandora*.

Todo indica que los diarios, base de la primera versión del libro, se vieron enriquecidos de manera decisiva por la propia correspondencia que habían mantenido maestro y discípulo. Y, al final, fueron las cartas las que se llevaron todo el protagonismo. Bajo esta forma epistolar apareció el texto, a lo largo de 64 entregas, en el periódico *Kahoku Shinpô*, desde el 22 de octubre de 1945 hasta el 7 de enero de 1946.

El contenido de las cartas se centra en la estancia hospitalaria del narrador, quien recrea el ambiente que lo rodea en una serie de misivas a un amigo, que le contesta, si bien no se recogen dichas respuestas más que indirectamente.

En las cartas, el narrador va describiendo cómo es su entorno: las personas que pasan por las dependencias y lo saludan interrumpiendo su escritura, lo que él mismo está viendo, escucha, percibe; o su estado de ánimo y las actividades propias del enfermo justo antes o después de ponerse a escribir. Y, sobre todo, su relación con dos de las enfermeras.

En cuanto al destinatario de las misivas, solo sabemos que es poeta y que está muy unido al narrador: no se nos brinda ningún tipo de información específica. Esto permite

que el lector del libro ocupe, en cierto modo, el lugar de destinatario de las cartas.

La caja de Pandora tiene mucho monólogo iniciático, a la manera de las *Cartas a un joven poeta* de Rainer Maria Rilke, una obvia fuente de inspiración. Pero la estructura es distinta en el sentido de que, aparte de las consideraciones intelectuales, la narración selecciona fragmentos de la vida cotidiana en el hospital para elaborar un pensamiento existencial, cuasi político, pero con un *crescendo* dramático y una trama amorosa más propios de una novela.

Hay una metáfora marinera que se repite muchas veces a lo largo de la narración. Podría verse en ella cierta conexión con el arca de Noé, aquella que salvó a humanos y animales en el Gran Diluvio que Dios provocó para castigar la corrupción humana. Quizás el arca de Noé sea esa semilla en el fondo de la caja de Pandora que permite conjurar la profunda desesperanza que provocó la apertura de esta. Esa nave que, nos dice el narrador, navega con orgullo por el mar proceloso y en la que se hallan aquellos jóvenes que, con su arrojo juvenil y una esperanza renacida, anhelan la reconstrucción del Japón arrasado por la contienda mundial.

La caja de Pandora expresa así no solo la angustia de un joven, sino la de toda una generación por el periodo de incertidumbre que se abrió ante el pueblo japonés entero. Tal vez por ello Dazai adopta el punto de vista de unos seres

relegados al más oscuro rincón de la sociedad por su condición de enfermos.

Conmocionado por los tiempos que le han tocado vivir, el joven narrador confía en la posibilidad de una vida nueva y plena, desde una suerte de panteísmo curiosamente más occidental y procristiano de lo que sugeriría la tradición cultural y religiosa japonesa, conjugando los valores del antiguo imperio con los valores de las democracias liberales tan denostadas durante décadas en Japón. Esa síntesis obró seguramente el milagro de la posguerra y el resurgir del país hasta convertirlo en la potencia que hoy conocemos.

En esta clave de lectura debe entenderse el carácter profético del libro, que prefigura en cierto modo el milagro de la reconstrucción nacional, que el propio autor, como Moisés, atisbó mas no pudo conocer.

Un último apunte. A pesar de las obvias diferencias de personalidad y sensibilidad entre ambos, uno no puede evitar pensar en Yukio Mishima (1925-1970), el gran escritor de la generación posterior, que encarnaría a su vez el desencanto del sueño frustrado anunciado por Osamu Dazai, y que tendría un destino igual de trágico que el de nuestro autor.

El propio Mishima, en un libro de entrevistas con Jean Pérol sobre autores japoneses (*Regards d'encre : écrivains japonais*, 1966-1986), reconoce que Osamu Dazai y él pertenecen en cierto modo a la misma escuela japonesa «romántica»

(«Nippon Roman Ha»), pero que todo un mundo los separa; Dazai, en su opinión, «representa el lado enfermizo, débil e hipersensible del romanticismo japonés tardío»; y añade: «Dazai ha comercializado la debilidad humana... Obviamente, sé que nosotros escribimos porque somos débiles; sin embargo, aunque todos los escritores lo somos, no se debe comercializar esa debilidad».

Como si sus trágicas muertes prematuras hubiesen sido el precio a pagar para expiar los pecados de toda una nación y pudiese producirse el alumbramiento de una nueva, los dos destinos han quedado indisolublemente hermanados en el imaginario literario de Japón.

J. M. LACRUZ

La caja de Pandora

I
SE ALZA EL TELÓN

1

TE EQUIVOCAS POR COMPLETO. No me invade ni un leve soplo de melancolía. Te aseguro que la carta que recibí escrita de tu puño y letra no me ha causado más que un ligero desconcierto, lo que me provoca, he de decirlo, algo de vergüenza. Pero la huella dejada por tus palabras no se borra, y ahora no consigo tranquilizarme. Discúlpame si te ofendo. Se ha alzado el telón. Uno de tantos, pero este, a diferencia de otros, me ha mostrado un mundo insólito, desconocido para mí hasta ahora, e impensable para mis congéneres, tanto los contemporáneos como los de épocas pasadas.

¿Se mantendrán, tras el advenimiento de ese nuevo mundo, los usos y las costumbres del pasado? Lo dudo, toda

tradición no es más que un vano espejismo y, además, no importa. No queda en mí ningún recuerdo que merezca la pena, y menos aún el del nombre de la enfermedad que me asfixia y me oprime el pecho. Desde que acabó la guerra, no pido más que seguir vivo y poder recuperar el aliento. Para conseguirlo he ingresado en la clínica donde me encuentro ahora, y no albergo esperanza alguna de que, tras mi alta y mi regreso al mundo de los vivos, estos me reciban con los brazos abiertos. De cualquier forma, el alta no llegará pronto. Ya quisiera yo atesorar la fuerza y la firmeza de espíritu necesarias para recuperarme lo antes posible, a pasos de gigante, y aliviar así a mis padres del amargo peso que debe de causarles estos días de incertidumbre y preocupación (amén de liberarlos de la carga económica que suponen mi tratamiento y estancia aquí). Tengo la sensación de que no he perdido por completo la ilusión de volver al mundo. Lo sé porque solo la desesperación no habría dado a mis piernas el suficiente impulso para traerme hasta este lugar remoto en busca de curación. Tiene que quedarme aún un rescollo de esperanza en algún lado. Pero no perdamos el tiempo buscando los motivos que me han traído hasta aquí. A estas alturas, deberíamos saber que dar sentido a toda acción humana carece de fundamento, y que quienes lo hacen fuerzan la verdad para adaptarla a su capricho y, por ende, convertirla en mentira. No hay justificación ni razón que no hayan sido

ya esgrimidas y desgastadas hasta la saciedad. El motivo por el que he ingresado en la clínica es... No, la verdad es que no lo hay. Lo único que puedo llegar a afirmar es la existencia de mi dolor, ese dolor punzante que me oprime el pecho y me arranca lágrimas que agotan mis energías hasta hacerme desfallecer. Puedo al menos asegurar que tanto sufrimiento ha contribuido a aclararme las ideas y me ha ayudado a convertirme en una nueva persona. Al principio, traté de ocultarles a mis padres lo que se me venía encima, pero, al final, no hubo manera de evitarlo. Se lo conté primero a mi madre: «Madre, al toser, he escupido sangre». Entonces mi padre se encargó de buscarme la clínica donde estoy, en medio de las montañas. Y esto es todo. ¿Acaso tiene importancia? Confieso que lloré, y entre mis sollozos me escuché a mí mismo implorando perdón, con un hilo de voz que parecía etéreo y divino. Ojalá entiendas por lo que he pasado.

Desde entonces, navego a través de mares de ensueño, a bordo de un enorme navío recién construido y cuyo rumbo desconozco. Solo sé que la nave zarpó y dejó el puerto atrás para avanzar, a merced de las olas, por rutas no transitadas de un océano celestial.

No me vayas a confundir con uno de esos nihilistas vocacionales y acérrimos que han sucumbido al abatimiento, pues echarme a la mar me ha devuelto cierta esperanza. Se trata de algo que nos une a todos los seres humanos. ¿Conoces

el mito griego de la caja de Pandora? Su interior se encontraba repleto de las más atroces calamidades e inimaginables desgracias: una vez abierta la caja, se propagaron hasta cubrir los cielos y caer sobre el conjunto de la humanidad. Enfermedades, hambrunas, dolor, odio y traición pulularon a sus anchas. Sin embargo, en el interior de la caja se escondía, apenas visible, una piedrecita reluciente del tamaño de una semilla de amapola, con una aún más minúscula inscripción, casi ilegible, que decía: «esperanza».

2

Así es y así ha sido siempre. Un rayo de esperanza es capaz de filtrarse por donde parece imposible que lo haga. Sí, amigo, lo cierto es que tan engañosa puede ser la desesperación como el exceso de esperanza. No es que lo diga yo. Los propios dioses del Olimpo inocularon la esperanza a la humanidad cuando introdujeron aquella piedra brillante diminuta en la caja de Pandora. Optimistas y pesimistas, tan desencaminados andan los unos como los otros, especialmente estos últimos si son vehementes. Ninguno de ellos tiene su lugar a bordo del navío que acaba de partir. Y lo mismo les ocurre a los engreídos. Corren nuevos tiempos, los barcos izan velas y no están dispuestos a demorarse por nadie, como tampoco

aguardan las plantas que crecen orientadas hacia la fuente de luz, sin necesidad de ponerse a pensar por qué.

Dejemos de una vez de excusarnos con palabras y de usarlas como arma arrojadiza. No conseguimos con ello nada más que empeorar las cosas y hacer más insufrible el drama de este mundo. ¿Acaso no es reprobar a los demás un acto indigno y malévolo en sí mismo? Ahora que Japón ha salido derrotado de la guerra, nos acusamos los unos a los otros y criticamos a nuestros políticos, llamándolos farsantes y conspiradores corruptos, sin reparar en el hecho evidente de que, si así los llamamos, es por la simple y llana razón de haber perdido la guerra. Sí, nada más que por eso, ¿me entiendes? De modo que ruego que seamos más cuidadosos de aquí en adelante. Un error más como este y el mundo entero nos odiará para siempre. Abandonemos de una vez por todas la arrogancia que nos ha caracterizado, aprendamos a ser personas sencillas y generosas. Sí, ya hemos soltado amarras y navegamos mar adentro.

He estado pensando en todo eso. Ya sabes que la primavera pasada, coincidiendo con la fecha de graduación del instituto, estuve durante tres meses con una neumonía acompañada de fiebres que me impidió presentarme a los exámenes de acceso a la universidad. Cuando, por fin, pude levantarme de la cama y salir de casa, la persistencia de algo de fiebre hizo sospechar al médico que pudiera

haber contraído una pleuritis. Y también sabrás que este año, mientras estaba ocioso en casa, mi interés por realizar estudios universitarios se desvaneció, y dejé pasar la fecha de los exámenes. Me sentía paralizado. No vislumbraba ante mí más que un agujero negro. Mi padre tenía todo el derecho de censurar mi apatía doméstica, y mi madre de reprocharme mi mala actitud, pero alguien como tú, que nunca se ha encontrado en semejante tesitura, no puede entenderlo. No obstante, te aseguro que mi situación acabó volviéndose insostenible, y solo me sentí capaz en esos meses de dedicarme a arrancar malas hierbas durante todo el día. ¿Recuerdas la parcela de campo que hay detrás de casa? Vestido de campesino para no llamar la atención, me adentraba en la escasa media hectárea de terreno. Al hacerlo, experimentaba de inmediato una curiosa sensación de libertad y, durante los dos años en que me dediqué a esa labor, recuperé la sensación de control sobre mi vida y me sentí dueño y señor del lugar.

Trabajé la tierra hasta desfallecer. Coloqué guías para los tomates con la esperanza de que dieran más fruto. Puse todo el empeño posible, pero me engañaba —más de lo que tú habrías llegado a hacerlo— y la idea fracasó; aun así, traté de convencerme de la utilidad de todo aquello. Sabía que la ansiedad se condensaba en lo más profundo de mi ser, agazapaba como una niebla asfixiante hasta agostar el cau-

ce de mis pensamientos e impedirme tomar decisiones. Me preguntaba cómo me las arreglaría para librarme de semejante opresión. ¿Era yo un hombre enfermo y como tal se me debía considerar? No lograba ver ningún porvenir ante mí, ningún futuro. Tal vez no sea yo más que un insignificante estorbo para los demás, al contrario que tú, amigo, que estás bendecido por el talento. Te aseguro que no hay nada peor que sentirse inútil y una molestia para los demás, pero tú no puedes entenderlo. Es imposible que alguien con talento pueda comprender dicha angustia.

3

Sí, querido amigo, porque, mientras yo sucumbo a mi propia miseria, tú caminas por la vida alegremente, cual molino cuyas aspas giran tan rápido que se vuelven invisibles. Sin embargo, yo llevo sobre mis hombros la carga del abatimiento y de la depresión que han hecho sufrir y arrasado por completo a nuestro país. A pesar de mi ignorancia, pese a desconocer con detalle las masacres llevadas a cabo por los nazis en Europa, o las carnicerías de las batallas de Filipinas y Okinawa y los bombardeos americanos en Japón, mi intuición me permite captar la trágica dimensión de los hechos. Está en el aire y lo percibo. Y esta misma clarividencia me

alertó, a principios del verano, de la imponente marea que se avecinaba, imparable y poderosa como nunca la habíamos visto. Temblé de miedo, y me vi desbordado por la confusión, sin saber cómo actuar.

Así pues, como te digo, trabajé con ahínco en el pedazo de tierra, pero sin orden, cavando la tierra con la azada, empapado en sudor bajo el rigor del sol y resoplando quejumbroso a cada momento. Todo por unas matas de batata que plantaba como si me fuera la vida en ello. Era una forma de castigo, una mortificación febril, feroz y despiadada, pese a mi débil condición física. Muchas veces, al herir la tierra con la hoja de la azada, gritaba: «¡Muérete! ¡Muérete! ¿A qué esperas? ¡Muérete!». Sí, lo dije a menudo, pero al final llegué a plantar al menos seiscientas matas de batata.

—No trabajes demasiado —me decía mi padre en la cena—. ¿No crees que estás excediéndote?

Apenas habían transcurrido tres noches desde el inicio de mis trabajos en la tierra cuando, en medio de una pesadilla, me desperté sacudido por un ataque de tos. Me quemaba algo dentro del pecho, y, asustado, me incorporé de inmediato. Había leído en algún libro que ese ardor seco era el preámbulo inminente de los esputos de sangre y, efectivamente, en cuanto me acosté bocabajo, una enorme flema, densa y nauseabunda, me subió a la boca. Corrí al cuarto de baño, y un gargajo mezclado con sangre se escurrió de mis

labios. Permanecí inmóvil largo rato. Afortunadamente, la cosa no fue a más. Hice gárgaras con agua salada, me lavé la cara y las manos y volví a la cama. Traté de serenarme y de respirar pausadamente para evitar un nuevo ataque de tos. Mientras el sueño me iba venciendo poco a poco, se apoderó de mí una profunda indiferencia hacia todo, y tuve la extraña impresión de haber estado aguardando la llegada de aquella noche desde hacía mucho tiempo, como si se tratara de un anhelo íntimo y profundo.

No abandoné, en cualquier caso, mi obstinada rutina de plantar batatas. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Qué otra motivación tenía para levantarme por las mañanas? Era consciente de los beneficios que mi trabajo proporcionaría a mis semejantes. Mi esfuerzo serviría para proporcionarles alimento, y ni siquiera el deseo de morir lo antes posible que a veces me embargaba me impedía reconocer la importancia de mi tarea. Sería mi contribución personal, por humilde que fuese, para aliviar el dolor de mi país. Una vez cumplida esa misión, ya se vería: tal vez, por fin, estaría entonces en condiciones de decirle adiós al mundo.

A la mañana siguiente, levantado una hora antes de lo habitual, plegué mi futón y salí de casa sin probar bocado. Trabajé la tierra de la manera acostumbrada, desorganizada e impulsivamente, fustigándome, regodeándome en mi propia extenuación, ofreciendo mi maltrecho cuerpo a su propio

deterioro y a una agónica aniquilación. Mi idea era dejar que fuera extinguiéndose como una llama hasta morir, sin haber hablado a nadie de mi enfermedad. Y así, absorbo en tan oscuros pensamientos, no tuve inconveniente, aquella noche, en servirme mi ración habitual de sake. Pero lo hice a escondidas, naturalmente.

Escupí sangre por segunda noche consecutiva. Entre sueños, me despertó una tos pertinaz, inclemente, y, después de dos o tres amagos, esputé sangre a borbotones. Sin darme tiempo a llegar al cuarto de baño, tuve que correr descalzo a abrir la puerta del jardín y salir a regurgitar la infecta expectoración. De inmediato, la boca se me volvió a llenar de líquido y escupí una vez más, se me embotaron los ojos y los oídos como si fueran ellos también conductos de salida para toda aquella flema escarlata que se me acumulaba en la garganta. Debí de echar sangre como para llenar dos tazas, y, una vez recuperada la calma, traté de cubrir el charco sanguinolento que se extendía a mis pies echando tierra por encima con la ayuda de una estaca. Sin apenas tiempo para completar la tarea y recomponerme, rasgaron el aire las sirenas que alertaban de un ataque aéreo inminente. Corrí a protegerme al refugio y, allí, con el cuerpo aún entumecido, pasé el resto de la noche, hasta el amanecer del 15 de agosto de 1945, día que marcó el final de la guerra. Aquel había sido el último de los bombardeos en suelo japonés.

Ni eso ni nada me impidieron volver a la parcela y trabajar la tierra. ¿Sonrías desdeñoso ante semejante afán? No le veo la gracia, ni podría habérsela visto entonces. ¿Acaso podía hacer otra cosa, aparte de seguir con mi rutina diaria? ¿Había otras opciones? Allí, en aquel terreno, era donde me correspondía morir cumpliendo mi deber de campesino; sobre sus surcos debía desplomarme sin aliento llevando a cabo mi tarea, labrando la tierra con el sudor de mi frente. Tal era mi ideal, morir pronto y discretamente. Hubo una ocasión en que caí de espaldas sobre un sembrado de alubias, extenuado, cubierto de sudor frío, mareado y con un dolor punzante que me acribillaba las sienes y me producía escalofríos. Permanecí postrado sobre la tierra hasta que acudió mi madre a ayudarme; me sacó de allí con su habitual solemnidad y su sonrisa distante dibujada en el rostro. Ya en casa, me ordenó lavarme las manos y los pies, y me llevó a reposar a la sala de estar, donde solía estar mi padre.

Me senté frente al aparato de radio y, hacia el mediodía, no pude contener las lágrimas. Brotaban calladamente, deslizándose sobre mis mejillas, empapándolas. Lloré mientras una extraña luz bañaba mi cuerpo y me transportaba a un lugar lejano y desconocido, meciéndome como un navío